EL ENIGMA QUE ES EL HOMBRE

Excelsior, 30 de julio de 1932, núm. 943[157].

I

Hoy cumplo cuarenta años. El espejo, que nunca miente, me dice, pues tuve la inofensiva coquetería de examinarme detenidamente, que los llevo bien. Apenas unas cuantas canas en los aladares y en torno a las comisuras de los labios, unas líneas convergentes que dan a mi boca cierta expresión sabia y un tanto amargada. Un par de arrugas horizontales prestan a mi frente, alta y bien abierta a los lados, cierto aire de distinción y nobleza. En cuanto al cuerpo, lo conservo en su prístina esbeltez; delgado y flexible, gracias a la constante práctica de la cultura física. Por lo demás, la vida me va muy bien en lo material. Mi bufete es uno de los mejores de la capital y cuento con inversiones seguras que me ponen a cubierto de las contingencias del futuro.

Y, sin embargo, yo no soy un hombre feliz…

II

No soy feliz en medio de mis lujos de solterón. No soy feliz, a pesar de este palacete que es mi casa, a pesar de mis dos automóviles, a pesar de poder tener todo lo que el dinero puede comprar.

Declaro, ante todo, que no soy sentimental. No en vano se llega a los cuarenta años, con un rosario de éxitos a lo largo de la vida, que suponen haber luchado, haber afrontado situaciones aniquiladoras de toda sensibilidad. Ya se sabe que el éxito anula muchas veces el corazón. Además, por mi bufete, que al igual que una clínica

[157] Localizado por José María Fons. Transcrito del original. Se conservan ejemplares en la biblioteca personal de Alberto Montilla, en la Biblioteca Rizal de la universidad Ateneo de Manila y en la Biblioteca Histórica de Filipinas en el Museo Ayala.

EL ENIGMA QUE ES EL HOMBRE

Por ENRIQUE K. LAYGO

I

Hoy cumplo cuarenta años. El espejo, que nunca miente, me dice, pues tuve la inofensiva coquetería de examinarme detenidamente, que los llevo bien. Apenas unas cuantas canas en los aladares y en torno a las comisuras de los labios, unas líneas convergentes que dan a mi boca cierta expresión sabia y un tanto amargada. Un par de arrugas horizontales prestan a mi frente, alta y bien abierta a los lados, cierto aire de distinción y nobleza. En cuanto al cuerpo, lo conservo en su prístina esbeltez; delgado y flexible, gracias a la constante práctica de la cultura física. Por lo demás, la vida me va muy bien en lo material. Mi bufete es uno de los mejores de la capital y cuento con inversiones seguras que me ponen a cubierto de las contingencias del futuro.

Y, sin embargo, yo no soy un hombre felíz...

II

No soy felíz en medio de mis lujos de solterón. No soy felíz, a pesar de este palacete que es mi casa, a pesar de mis dos automóviles, a pesar de poder tener todo lo que el dinero puede comprar.

Declaro, ante todo, que no soy sentimental. No en vano se llega a los cuarenta años, con un rosario de éxitos a lo largo de la vida, que suponen haber luchado, haber afrontado situaciones aniquiladoras de toda sensibilidad. Ya se sabe que el éxito anula muchas veces el corazón. Además, por mi bufete, que al igual que una clínica adquiere a veces el sentido de un confesionario, he visto desfilar una humanidad tan viciada que me he vuelto un poco cínico. El hombre, cuando ve al hombre con el alma desnuda, pierde la fe en el hombre...

Y, sin embargo, no estoy tan desprovisto de sensibilidad que no me dé cuenta de la inmensa soledad que me rodea. Mientras trabajo, mientras me divierto, mientras tengo los sentidos ocupados, el aturdimiento crea en mí una ilusión de plenitud. Pero en cuanto me encuentro solo, desprendido de las preocupaciones del vivir, libre de las preocupaciones del bufete, me doy cuenta de que voy por el mundo sin un verdadero afecto siquiera. A veces llego a pensar que si yo llegase a morir de repente, de una congestión cerebral o de un ataque del corazón, nadie me lloraría sinceramente. Y pienso que sería tristísimo encontrarme extendido en un ataud, iluminado por cuatro cirios parpadeantes, ante ojos extraños que me mirarían con asombro, pero sin la menor sombra de emoción...

Lo peor es que comprendo que de todo esto yo mismo tengo la culpa. Yo tengo la culpa de esta inmensa soledad que me rodea, de esta total ausencia de afectos en que vivo. Porque de haberlo querido, hoy llevaría la vida normal de un hombre de familia, quizá abrumado bajo el peso de grandes responsabilidades, pero compensado, por otro lado, por el cariño de los míos.

La verdad es que en mi vida hubo por lo menos dos mujeres que hubieran podido darme la Felicidad.

Reproducción del original publicado en la revista Excelsior, 30 de julio de 1932, del ejemplar existente en la Biblioteca Histórica de Filipinas en el Museo Ayala.

adquiere a veces el sentido de un confesionario, he visto desfilar una humanidad tan viciada que me he vuelto un poco cínico. El hombre, cuando ve al hombre con el alma desnuda, pierde la fe en el hombre…

Y, sin embargo, no estoy tan desprovisto de sensibilidad que no me dé cuenta de la inmensa soledad que me rodea. Mientras trabajo, mientras me divierto, mientras tengo los sentidos ocupados, el aturdimiento crea en mí una ilusión de plenitud. Pero en cuanto me encuentro solo, desprendido de las preocupaciones del vivir, libre de las preocupaciones del bufete, me doy cuenta de que voy por el mundo sin un verdadero afecto siquiera. A veces llego a pensar que si yo llegase a morir de repente, de una congestión cerebral o de un ataque del corazón, nadie me lloraría sinceramente. Y pienso que sería tristísimo encontrarme extendido en un ataúd, iluminado por cuatro cirios parpadeantes, ante ojos extraños que me mirarían con asombro, pero sin la menor sombra de emoción…

Lo peor es que comprendo que de todo esto yo mismo tengo la culpa. Yo tengo la culpa de esta inmensa soledad que me rodea, de esta total ausencia de afectos en que vivo. Porque de haberlo querido, hoy llevaría la vida normal de un hombre de familia, quizá abrumado bajo el peso de grandes responsabilidades, pero compensado, por otro lado, por el cariño de los míos.

La verdad es que en mi vida hubo por lo menos dos mujeres que hubieran podido darme la Felicidad.

Primero hablaré de Julia.

A Julia la quise con ímpetu de ciclón. Durante los dos años que duró nuestro noviazgo, no hubo en mi vida instante que no estuviese dedicado a ella. A través de mi cariño, Julia era la vida entera. Yo era tan joven que me imaginaba que si llegaba a perder a Julia, me moriría…

Y la perdí, quizá por culpa mía.

En mí, como en todo hombre, hay un dominador. Quizá por resabios de la edad de las cavernas, bajo el barniz del hombre moderno, se oculta un macho que es todo afán de dominación.

En Julia busqué, pues, la absoluta sumisión, la esclavitud de alma. Yo me decía que si Julia me quería tal como yo quería que me quisiese, debía buscar la propia anulación en el cariño que me tenía. Es decir, que por mí estuviese dispuesta a todos los sacrificios, sobre todo a aquellos que exigían de ella la renuncia de algo fundamental, como una fe, una creencia, una herencia moral.

Y quise que fuese mía, en el sentido absoluto de la palabra. Mía, con una entrega total de alma y cuerpo. En mi descargo, diré que no entraba en mi exigencia un torpe apetito carnal; el mío era simplemente un afán de comprobación, un deseo de determinar, por medio de la prueba decisiva, si la mujer aquella me quería lo bastante para llegar al supremo sacrificio.

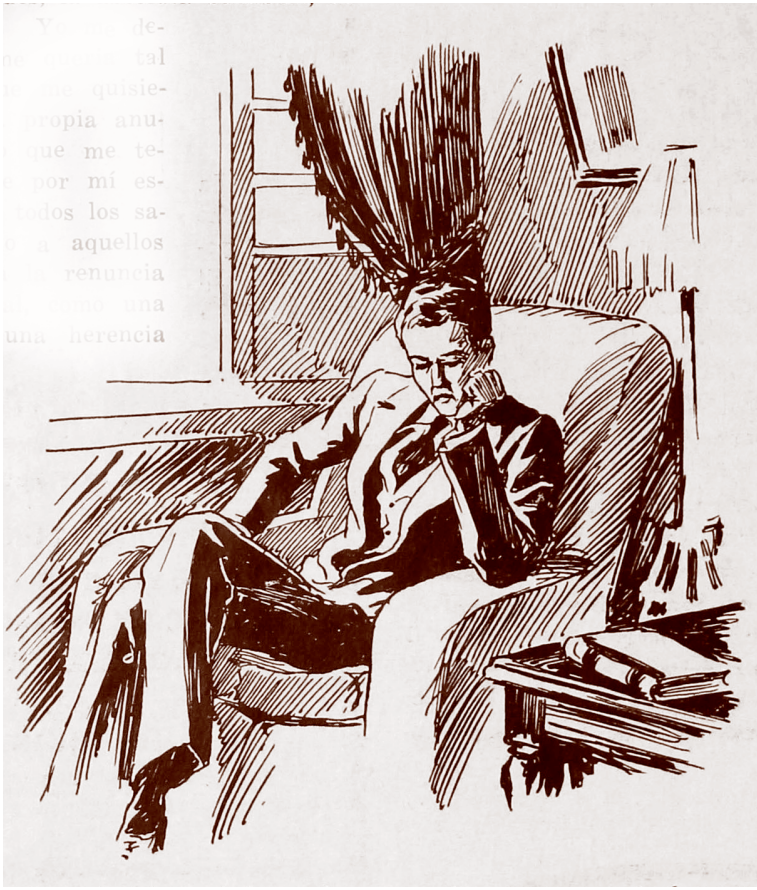
Pero Julia era virtuosa, con una virtud casi agresiva. Y me rechazó de plano, con ojos luminosos de indignación:

—Si mi negativa ha de causar nuestra separación, que venga enhorabuena. Te amé porque en ti veía al hombre que había de respetarme, no al que había de llevarme a la perdición…

De ella me alejé, con lágrimas en los ojos. ¡La quería tanto! Pero en mí seguía imperando el dominador que prefirió la despedida definitiva a lo que consideraba la humillación de un rechazo.

IV

Vino una serie de amoríos, con mujeres distintas que me dieron, unas, ilusión falsa de cariño, y otras, una franca desilusión ante burdas tácticas de explotarme. A través de estos amoríos, viví con el recuerdo de Julia y en el hastío de las horas vacías, muchas veces lloré de añoranza y melancolía.



“Yo tengo la culpa de esta inmensa soledad que me rodea,
de esta total ausencia de afectos en que vivo”.

Pero el amor es una semilla fecunda que una y otra vez vuelve a germinar. Yo, sin saberlo, me encontré cierta bella tarde de abril locamente enamorado por segunda vez.

Se llamaba Enriqueta y era modernísima[158]. En el hablar, en el pensar, en el sentir, en toda su manera de ser, era abierta, franca, de una franqueza que llegaba a asustarme a veces. Se reía de lo que ella llamaba "falsos pudores" de la filipina antigua y afirmaba, muy seria, que si llegaba a enamorarse de veras, no tendría inconveniente en conceder al amado, a plena luz del día lo que aquella, toda hipocresía, sólo entregaba al amparo de las sombras de la noche.

—Porque la verdad —solía decir— es que entre la antigua y la moderna, no hay más diferencia que en la forma de hacer las cosas. Aquella pretendía ruborizarse por una palabra mal sonante, por un espectáculo poco edificante, sin perjuicio de que en sabiéndose a cubierto de miradas indiscretas, hiciese exactamente lo que la moderna hace, sin pretendidas vergüenzas…

Enriqueta era sincera en su manera de pensar. Lo comprobé porque en cuanto nos quisimos y la sometí a mi prueba decisiva —yo continuaba con mis afanes de dominador—no tuvo ningún gesto de protesta.

—¿Por qué no? —fue todo su comentario—. No comprendo por qué, siendo el amor verdadero una mutua entrega de almas, no ha de ser al mismo tiempo una mutua entrega de cuerpos…

Me pareció delicioso aquel descaro con que la mujer aquella se disponía a hacer renuncia de lo más precioso que tenía y, sin embargo, tuve miedo. ¿Cómo iba a fiarme de una mujer que así, a las primeras de cambio, hacía el sacrificio de su virtud? Me hice la cuenta de que así como estaba dispuesta a sacrificarse por mí, lo estaría también por cualquier otro de quien se enamorase y el dominador que había en mí no podía aceptar una posesión que, quizá más tarde, compartiría con otro.

Y dejé a Enriqueta.

[158] A Enriqueta se la puede asociar con la *flapper*, la mujer moderna de los años 20.

V

Así decidí no casarme. Después de todo, si volvía a enamorarme, ocurriría lo mismo. No podía casarme con quien no estuviese dispuesta a sacrificarse por mí, porque no comprendo un verdadero cariño que no buscase su propia anulación y tampoco podía casarme con quien estuviese dispuesta a sacrificarse por mí, porque igual podría sacrificarse por otro. Y mi egoísmo de dominador, de macho, no podía tolerar una posesión compartida, aunque no fuese más que potencialmente, por otro hombre.

Y así llegué a los cuarenta años, un hombre que ha sabido domar al éxito y, sin embargo, infeliz. No sé si me arrepiento de mis exigencias contradictorias que me han condenado a una soltería triste. Hoy mismo, no podría contestar en conciencia si, de enamorarme todavía a esta edad, no volvería a hacer lo mismo. Después de todo, no es la mujer el único enigma. El hombre también lo puede ser…